

El estado burgués: ¿Democracia o dictadura? *

En este libro, Ralph Miliband se propone por una parte, desvirtuar la teoría democrático-pluralista del estado en las modernas sociedades industriales; y por otra, contribuir a llenar la “deficiencia” que existe en la teoría marxista del estado.

La teoría democrático-pluralista, afirma la difusión del poder económico y político con la participación de la clase proletaria

en la toma de decisiones del gobierno y de las empresas —lo que Galbraith ejemplifica con las sociedades por acciones— y reduce al estado a una simple categoría política, restándole importancia al papel que juega en la lucha de clases a que está sujeta toda sociedad capitalista. Contra esta teoría, Miliband esgrime la teoría marxista del estado burgués, empeñado en la defensa de

* Ralph Miliband, EL ESTADO EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA, Siglo Veintiuno Editores, 1ª edición, México, 1970, pp. 273.

los intereses de la clase que representa. A esto podríamos agregar, siguiendo a Lenin —cuya obra sobre el desarrollo capitalista es por cierto, ignorada por el autor— que, mientras la propiedad privada constituya la base de la organización social, la clase propietaria ejercerá el control económico y político de la sociedad y de su aparato productivo; mientras subsistan las relaciones de producción fundamentales del capitalismo, la división clasista de la sociedad será su consecuencia necesaria, por elásticos que sean los mecanismos de la democracia burguesa para propiciar la movilidad social, y por mucho que la acción del Estado Benefactor en el marco de la economía de consumo masivo, logre atenuar las contradicciones entre las clases sociales.

La intención del autor en cuanto a avanzar en la teoría marxista del estado "... en función de la realidad concreta socioeconómica, política y cultural de las sociedades capitalistas modernas" (p. 8), se reduce a una descripción —como diría Karel Kosík— de las apariencias del fenómeno sin profundizar en su esencia. Su estudio se desenvuelve en el marco de la sociedad capitalista industrial, lo cual limita desde el principio la visión de conjunto de un estado supranacional cuya acción se extiende a los países subdesarrollados del sistema, a la vanguardia de los intereses del capital monopolista. La limitación que el autor se impo-

ne, tiene como resultado un análisis cojo de las relaciones del estado con la "*sociedad civil*" nacional. La simple descripción del "*proceso de legitimación*" del estado burgués por medio de la maniobra electoral y parlamentaria, de la absorción de algunos elementos de la clase proletaria entre sus cuadros dirigentes y la manipulación de la opinión pública a través de los medios masivos de comunicación, no basta para explicar el poder alcanzado por el estado burgués moderno; poder reiterado por el voto de la clase antagonica y que permite al estado hacer amplias concesiones "*democráticas*", abanderarse defensor de la clase proletaria y atacar la "*felonía*" de la clase poseedora. ¿Cómo explicarse esta aparente contradicción en la praxis de un estado constituido —de acuerdo con el autor— por burgueses, proletarios asimilados y para la defensa de los intereses de la burguesía? Miliband no da una respuesta sólida: para él, el predominio de la ideología de la clase dominante y su diseminación a través de los medios masivos de comunicación constituye "*la respuesta fundamental*" (p. 175) a la cuestión planteada. En nuestra opinión, es un error considerar a las sociedades industriales como unidades aisladas, cuya fenomenología en todos los órdenes pueda explicarse en función de sí mismas. Quizá la integración —no la división como dice el autor del sistema capitalista en sociedades "industrializa-

das" y "subindustrializadas" es una importante variable que no debiera soslayarse en un estudio riguroso del estado en el primer grupo de sociedades. Partiendo de esta base, podríamos encontrar una explicación a la difusión del poder en las sociedades que constituyen el polo económicamente hegemónico del sistema, que las ha convertido en exportadoras de capitales, bienes industriales y de sus propias contradicciones a las sociedades dependientes, donde el autor podría encontrar las más crudas manifestaciones de la lucha de clases, la dictadura de la burguesía "multinacional", sin el disfraz democrático con que aparece en las sociedades industriales.

El estudio de Miliband, aun- que abundante en valiosas obser-

vaciones de la evolución y preservación del organismo político que mantiene a la burguesía de las sociedades industriales en el poder, es poco certero en la búsqueda de las fuentes de ese poder. Y —para nuestra decepción— deja sin suplir la "deficiencia" en la teoría marxista del estado burgués. A riesgo de ser repetitivos, señalamos que para encontrar esas fuentes sería necesario aceptar que las contradicciones de la burguesía norteamericana se traducen en la competencia por el mercado internacional entre las empresas de Detroit y las empresas estadounidenses de Francia; que la represión estatal en EUA, alcanza al sudeste de Asia y que el cinturón de la miseria de Londres se extiende hasta los millo- nes de "*intocables*" en la India. EMILIO PALMA SÁNCHEZ.